

Bibliográficas

Los desbordes desde abajo. 1968 en América Latina

Raúl Zibechi. Montevideo: Zur, 2018, 155 pp.

Ya en el prólogo de Francesca Gargallo Celentani se afirma el carácter militante y no académico del trabajo de Raúl Zibechi, que apunta a «tender puentes entre los activistas de los diversos países latinoamericanos» (p. 12). Se trata además de un ensayo más antropológico que histórico, ya que se basa sobre todo en experiencias vividas y observadas por el propio autor.

Este considera el año 1968 como un punto de cruce entre el apogeo de movimientos que se van desarrollando durante los años sesenta —principalmente estudiantiles, obreros y campesinos— y la emergencia de nuevos movimientos sociales que involucran a nuevos actores tales como las mujeres o los indígenas, y más generalmente las capas más pobres de la sociedad latinoamericana. Según el autor, esos movimientos son una reacción a las evoluciones socioeconómicas globales y, en particular, a un capitalismo que va despojando a los trabajadores.

Se enfoca entonces en esos «desbordes desde abajo», movimientos «antisistémicos» que se caracterizan por un importante arraigo territorial y que forman enclaves que proponen otro modelo de sociedad dentro del mundo capitalista, otras normas y otros tipos de relaciones sociales y económicas. Estas experiencias militantes nuevas, con un fuerte componente autogestionario, constituyen, según el autor, un cuestionamiento del Estado de bienestar capitalista a escala global y un cuestionamiento de las instituciones de control a escala local, ya sea el sindicato, la escuela o la familia. Raúl Zibechi rastrea entonces su emergencia y sus evoluciones, a veces hasta el día de hoy, y excluye por otro lado a otros actores centrales del 68 —intelectuales, partidos, sindicatos, y grupos guerrilleros— por no haber albergado el nacimiento de lo nuevo.

En un primer breve capítulo expone su fundamentación teórica en torno al concepto de «re-

volución mundial». Su perspectiva se basa en las reflexiones de Giovanni Arrighi, Terence Hopkins y, más particularmente, Immanuel Wallerstein, teóricos de los «sistemas-mundo». Retoma aquí la idea según la cual el aparente fracaso de los movimientos de 1968 es justamente lo que les permitió cambiar profundamente la sociedad a escala mundial, proponiendo otras respuestas a las cuestiones de la toma del poder y de la relación con el Estado. Evoca varios legados del 68, tales como la mutación de la relación entre el capital y la clase obrera.

El segundo capítulo constituye el centro del ensayo. En una primera parte presenta tres movimientos del final de los sesenta y principio de los setenta, en los cuales actores tradicionales de la militancia desbordaron las instituciones políticas, ya sea el Estado y su aparato represivo o los partidos y sindicatos que pertenecen a lo que llamamos a veces la «vieja izquierda». Los tres fenómenos abordados son el Cordobazo argentino de 1969, el movimiento estudiantil uruguayo que se desarrolló durante el invierno de 1968 y el movimiento campesino colombiano que se radicaliza a partir de 1971-1972, oponiéndose abiertamente a la oligarquía latifundista y realizando ocupaciones masivas de tierras. En una segunda parte aborda tres ejemplos representativos de esos nuevos movimientos antisistémicos populares, autogestionados y territorializados, que constituyen, según el autor, diversas respuestas a la inacción del Estado y a las nuevas modalidades del capitalismo internacional. Describe la emergencia, los rasgos característicos y las evoluciones del Campamento Nueva La Habana, organización barrial nacida durante la Unión Popular en el suburbio de Santiago de Chile; de la Central Cooperativa de Servicios Sociales de Lara (Cecosesola), creada en Venezuela en 1967, que se transformó en integrante esencial de la comunidad local, y de las comunidades eclesiales de base (CEBS) en Brasil, cuya emergencia está vinculada con la renovación, a partir de los sesenta, de las ideas de una parte del clero latinoamericano. Este movimiento inicialmente campesino se fue trasladando hacia los suburbios como consecuencia del éxodo rural, y actúa hasta el día

de hoy en favelas que rodean las grandes ciudades brasileñas.

El tercer capítulo se presenta como una mirada ampliada sobre lo anteriormente expuesto. El autor escogió para cada país latinoamericano el movimiento que considera más significativo y lo presenta de manera sintética. Se interesa entonces tanto en las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina como en el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), creado en 1971 en Colombia. Busca mostrar la diversidad de los actores y de las modalidades de organización de esos nuevos movimientos sociales, pero intenta también destacar sus rasgos comunes.

Luego, Zibechi se aleja de las experiencias vividas para ubicarse en el campo de las ideas que sustentaron la acción de los movimientos antisistémicos emergentes. Desarrolla el caso del Manifiesto de Tiwanaku, redactado en 1973 en Bolivia por un grupo de intelectuales aymaras. Este texto busca proponer un modelo de sociedad distinto de las teorías emancipatorias o revolucionarias occidentales, volviendo a la cultura y al idioma originarios. Se interesa después brevemente en el boom de la literatura latinoamericana, que «coloca la problemática social en un lugar destacado» (p. 93) y acompaña un masivo despertar militante y un proceso de desalienación. Finalmente, retoma de manera resumida varias corrientes de pensamiento y autores latinoamericanos: la educación popular de Paulo Freire, la

teología de la liberación, la teoría de la dependencia y la de la marginalidad, Fausto Reinaga, Abdias do Nascimento, María Elena Moyano y Floriberto Díaz.

En la última parte el autor recapitula cinco grandes cambios provocados por la «revolución mundial de 1968». Cambiando de escala para pensar mutaciones globales, evoca el declive de la hegemonía estadounidense, el cuestionamiento del patriarcado, la aparición de los sectores populares y de minorías en el escenario político y cultural, la multiplicación de las culturas políticas y la emergencia de un nuevo repertorio de las formas de lucha. Cierra entonces su trabajo volviendo a algunas de las observaciones expuestas en el primer capítulo.

Si bien el enfoque militante del trabajo de Raúl Zibechi lo lleva a concentrarse en los movimientos antisistémicos dejando de lado posibles contradicciones internas o tensiones con otros grupos, espacios, o con la cultura hegemónica, propone un ensayo ambicioso por la amplitud de su marco geográfico y cronológico, y cumple con su objetivo de dar a conocer a un público no especializado una multitud de experiencias latinoamericanas novedosas y muchas veces desconocidas. Ofrece entonces una mirada original sobre el 68 y sus legados, distinta de los trabajos académicos por sus enfoques y abordajes.

Camille Gapenne
Universidad de la República